

EL ALICANTINO

DIARIO CATÓLICO

TELÉFONO NÚMERO 102.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En Alicante, un mes 1.50 pesetas.
En los demás puntos de España, 3 meses 5.00
Extranjero, 6 meses 12.00

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Redacción, Angeles, 4, pral. izquierda, y en la
imprenta de este periódico, Progreso, 5.
Anuncios á precios convencionales.

LISTA

de donativos para el centenario de la
Santísima Faz.

Table with 2 columns: Donor Name and Amount (Pts. Cts.). Includes names like D. José Plana, D. Feliciano Reyes, D. Pablo Lloret, etc., totaling 8905 10.

Summary table for the list: Suma anterior 8905 10
D. Concepción Sevilla 50
D. Rita Llorca 50
D. Josefa Belda 50
D. Antonio Tacón 2 50
Total 8909 10

EL CENTENARIO
DE LA
REVOLUCIÓN FRANCESA

Al dedicar el día 8 nuestro número á
conmemorar el XIII centenario de la
Conversión de Recaredo y estableci-
miento de la Unidad Católica en nues-
tra nación, dijimos que su celebración
tenía carácter de protesta contra el cen-
tenario de la Revolución Francesa que
celebraron el día 5 los revolucionarios
de la nación vecina y de las demás nacio-
nes. Expusimos ya el hecho glorioso que
nosotros conmemorábamos; y vamos á
exponer ahora, para que forme contras-
te, el que los revolucionarios conmemo-
ran ¡la Revolución Francesa!

carne humana no me imponen—excla-
ma el célebre Chateaubriand: en vano
me dirán que en sus fábricas de podre-
dumbre y de sangre sacan excelentes
ingredientes de los esqueletos indus-
triosamente molidos. ¡Fabricantes de
cadáveres, para vosotros será cosa
grande y hermosa pulverizar la muer-
te; pero jamás haréis salir de ella un
germen de libertad, un grano de vir-
tud, ni una chispa de talento.» Y lue-
go en otra parte añade: «El degüello
de los niños, y sobre todo de las muje-
res, es un rasgo característico de la
revolución. Nada hallareis que se le
parezca en las proscripciones y destruc-
ciones de la antigüedad. En todo el
mundo no se ha visto más que una re-
volución filosófica, y esta es la nuestra.
¿Cómo es que ha sido manchada de cri-
menes hasta entonces [desconocidos de
la especie humana? Hé ahí hechos ante
los cuales es imposible retroceder. Ex-
plicad, declamad, comentad: la cosa
queda... Lo repetimos: el asesinato gé-
neral de las mujeres, sea en virtud de
ejecuciones militares, sea por condena-
ciones falsamente llamadas judiciales,
no tiene ejemplo sino en este siglo de
humanidad y de luces. Por último, cuan-
do se niega ó desconoce la Religión, se
rechaza el principio del orden moral
del universo: entonces es una cosa muy
sencilla el que se desprecie y ultraje la
naturaleza... Más de seiscientos mil
realistas perecieron en las guerras de
la Vandée; casi todos los jefes hallaron
la muerte en los campos de batalla ó
en los suplicios. Se valían en ciento
cincuenta millones las pérdidas causa-
das por el incendio de las mieses, de los
bosques, de los granos, del ganado y
demás animales; el número de bueyes
quemados ó degollados se hace subir á
un millón cien mil. Quinientas leguas
de montes y llanuras fueron taladas y
convertidas en páramos y desiertos...»
Contemplad á la España en la misma
época, con su inquisición tan calumnia-
da por los revolucionarios, y decidnos
¿de qué parte está la humanidad, de
qué lado la verdadera filosofía?

condenados á presidio perpétuo, cuatro
volvieron locos ó murieron en Bi-
cêtre.
«Con la frente llena de rubor mani-
festamos una vez más estas heridas,
todavía no cicatrizadas, de la patria;
pero así lo reclama la humanidad, que
es más vasta que la patria.—Si, dice
un escritor de nuestros días, si de la
lectura de una historia de la revolución
queda un continuado y doloroso olor
de sangre, de crímenes y de asesinatos,
esta impresión es saludable; es necesari-
o y conviene que un país se acostum-
bre á conocer bien sus propios anales
y á no relegar al olvido las terribles ca-
lamidades que muchas gentes quisie-
ran hacerle sufrir de nuevo. Si esta ex-
presión es verdadera (y nosotros la te-
nemos por exacta) ¿no es, después de
todo, por haberse en escritos engaño-
sos desfigurado con tanta frecuencia la
historia del Terror, exaltado á los indi-
viduos de la Convención, preconizado
las saturnales revolucionarias, excusa-
do el cadalso y paliado los asesinatos,
no es por esto por lo que el pueblo no
conoce bien este período terrible, y no
vé en él más que una batalla, gloriosa
en la frontera, terrible en la plaza pú-
blica y delante de la guillotina, pero
necesaria y justa? Esta es una creencia
que conviene y es necesario rectificar.
El pueblo debe saber que si lo más es-
timado de la Francia, levantado en las
fronteras, luchaba generosamente para
rechazar al extranjero, en el interior
las familias más puras, los hombres
más dignos de respeto caían bajo el
filo del hacha y de las espadas. Nadie
debe ignorar que los verdugos impunes
llamaban sobre el país los castigos de
Dios y la reprobación de las almas nó-
bles; las generaciones modernas deben
tener á la vista estas imágenes de
muerte y estas largas listas de víctimas
á fin de que Francia tenga el valor y
buen sentido de huir y evitar las revo-
luciones, y mirar con odio á los que con
el mismo espíritu é intención preparan
otras nuevas.»
Hé ahí lo que es objeto de la apoteo-
sis de nuestros liberales y revoluciona-
rios: la guillotina, la matanza, el degüe-
llo de niños y mujeres con todos los hor-
rores, excesos é impiedades que hicie-
ron de aquella Revolución un padrón de
ignominia para la humanidad; eso, eso
es lo que ellos exaltan ahora ¿Qué extra-
ño es que la parte sana de la nación ve-
cina se haya marchado á arrojar á los
pies del Papa en protesta contra la ma-

FOLLETIN DE EL ALICANTINO 343

ofrecían los lugares en que iba á pasar aquella es-
cena. En efecto; aquellas montañas sombrías cu-
biertas de niebla, aquellos rios subterráneos, aque-
llas cabelleras humanas que flotaban al capricho
del viento, aquel esqueleto descarnado del caballo
indio, todo aquel conjunto tomaba á los ojos del
señor español un carácter extraño y fantástico que
hubiera podido hacerle creer que se hallaba bajo
la impresión de alguna horrible pesadilla.
Todo eso no era, sin embargo, sino una espan-
tosa realidad.
Fabián señaló con el dedo al duque de la Arma-
da una de las piedras chatas semejantes á las tu-
mularias que cubrían la tierra, y se sentó él sobre
otra, de modo que formaba con el canadiés y su
compañero un triángulo cuyo ángulo ocupaba.
No conviene al acusado sentarse en presencia
de sus jueces, dijo el señor español con una son-
risa amarga; permaneceré, pues, en pie.
Fabián no respondió, esperando á que Diaz, el
único testigo desinteresado en aquel tribunal de
justicia, hubiera escogido el puesto que mejor le
pareciese.
El aventurero permaneció á alguna distancia de
los actores de aquella escena, pero bastante cerca
para verlo y oírlo todo, conservando la actitud fría,
reservada y atenta del jurado que va á formar su
convicción según lo que de los debates salga.

FOLLETIN DE EL ALICANTINO 344

CAPITULO XLV.
La ley de Lynch.
Existe en las fronteras americanas una ley terri-
ble, aunque solo se compone de un artículo único,
que dice: «Ojo por ojo, diente por diente, sangre
por sangre.» Ley terrible por la apariencia de le-
galidad imponente de que se rodea, ó de que afecta
rodearse, y también porque la parte ofendida se
constituye en juez de su propia causa, y ejecuta
la sentencia que ella misma ha pronunciado.
Tal es la Ley de Lynch, como se la llama.
Ante un tribunal sin apelación, en que las par-
tes se constituían jueces, iba á comparecer D. An-
tonio de Mediana, y la justicia de las ciudades,
con todo su imponente aparato, no igualaba en so-
lemnidad al juicio que estaba á punto de empezar
en el desierto, donde tres hombres representaban
á la justicia humana con todo su aparato terrorí-
fico.
Ya hemos dicho qué lúgubre y extraño aspecto

FOLLETIN DE EL ALICANTINO 349

mi? ¿quada conocéis de mi nombre, ni de mis cua-
lidades? ¡sólo soy á vuestros ojos lo que parezco
ser?
—Un asesino acaso, respondió D. Antonio vol-
viendo la espalda á Fabián para indicar que ya
no quería responder.
Durante aquel diálogo entre aquellos dos hom-
bres de la misma sangre y una naturaleza igual-
mente indomable, el cazador y Pepe habían per-
manecido á un lado.
—Aproximaos, dijo Fabián al ex-carabiniro, y
venid á decir, añadió con forzada tranquilidad,
quién soy yo, al hombre cuyos labios me dan un
epíteto que él sólo ha merecido.
Si hubiera podido quedar alguna duda á D. An-
tonio sobre las disposiciones de aquellos entre cu-
yas manos había caído, la duda debió desvanecer-
se ante el aire sombrío con que avanzó Pepe al oír
las palabras de Fabián.
Los esfuerzos evidentes que hacía para compri-
mir las pasiones vengativas que despertaban en él
el aspecto del señor español, inspiraron á éste últi-
mo un sentimiento lúgubre.
Un estremecimiento pasó por el cuerpo de don
Antonio, pero no bajó los ojos, y fuerte con su in-
vincible orgullo, esperó con tranquilidad aparente
á que Pepe tomara la palabra.
—¡Vaya! dijo éste con un tono que en vano se

